

## Lecturas

# Ángel Rama y el diseño de un lector. Consideraciones a la imaginación desde una encuesta publicada en *Punto de Vista*

Ángel Rama and the design of a reader. Considerations  
to the imagination in a survey in *Punto de Vista*

*Silvana Santucci*

Universidad Nacional de Rosario

Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales del Litoral – CONICET

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7704-164X>

santucxi@gmail.com

Recepción: 30/03/2024

Aprobación: 04/06/2024

**Resumen:** Las intervenciones de Ángel Rama en la revista argentina *Punto de Vista* fueron cuatro y se fecharon entre 1978 y 1981. La primera, originalmente publicada en Venezuela, se llamó “Encuesta sobre sociología de la lectura” y apareció en el segundo número, de mayo de 1978. En este trabajo nos interesa revisar el desarrollo conceptual que Rama despliega en ella y nos preguntamos por el lugar que da a la invención teórica en su propuesta programática de ficción sociológica o sociologista. ¿Qué literatura, qué lector, qué formas literarias y qué instituciones le interesan calibrar, medir o interpretar a Ángel Rama con aquella encuesta? ¿De qué modos impacta su intervención en los marcos del latinoamericanismo?

**Palabras clave:** Ángel Rama- Latinoamericanismo- Imaginación- Teoría Literaria

**Abstract:** Ángel Rama's interventions in the Argentine magazine Punto de Vista were four and dated between 1978 and 1981. The first -originally published in Venezuela- was called "Encuesta sobre sociología de la lectura" (Survey on the sociology of reading) and appeared in the second issue, in May 1978. In this paper we are interested in reviewing the conceptual development that Rama deploys in it and we wonder about the place he gives to imagination and theoretical invention in his programmatic proposal of sociological or sociological fiction. What literature, what reader, what literary forms and what institutions are Ángel Rama interested in calibrating, measuring or interpreting with that survey? In what ways does his intervention impact on the frameworks of Latin Americanism?

**Keywords:** Ángel Rama- Latin Americanism- Imagination- Latin American Theory

*Se conoce el hecho de que el equilibrio  
es el rasgo esencial del orden burgués y de la novela clásica burguesa,  
se conoce el hecho de que la estabilidad, el balance, las jerarquías y la clasificación  
son los datos fundamentales de la ideología oficial y de la práctica de los burócratas*  
Josefina Ludmer (1976)

*¿Ser burócrata o francotirador? Es una alternativa, pero no un destino*  
David Viñas (1975)

Podemos decir, imitando el tono de Josefina Ludmer en el fragmento que nos sirve de epígrafe, que se conoce el hecho de que el proyecto latinoamericanista —el último gran intento de consolidar un sistema de saberes autonómicos y oficiales: un elenco de textos, autores, editores, lectores y bibliotecas— encontró, a partir de los años sesenta, sus bases formativas tanto en la delimitación teórico-crítica de *la ciudad letrada*, como en la hegemonía proyectista de una *totalidad utópica* cuanto imperativo crítico<sup>1</sup>. Desde allí, los procesos transculturales y

---

1. Esta afirmación considera que la utopía, en tanto ficción pedagógica integracionista propuesta por Pedro Henríquez Ureña en 1925, permaneció como un principio rector del campo teórico

los escritores transculturadores de mediados de siglo pasado diseñaron nuevos mapas regionales y urbanos que permitieron, en este continente, mirar de frente a las instituciones de poder. Tal como lo describe Mabel Moraña, a mitad de la década de los noventa —momento en que se produce la primera gran vuelta al pensamiento de Ángel Rama—, leer a Rama era volver a esa trayectoria *trabajosa* y *productiva*, paradigmática en tanto ilustra “los movimientos de arraigo y desarraigo de los intelectuales de la segunda mitad de siglo” (Moraña, 1994: 8). Esa diáspora política y económica fue materializando los flujos migratorios en las corrientes biográficas e incorporándolos también como una mirada teórica fundamental para los proyectos estéticos de escritura. Ni un anclaje puramente local o folklórico, ni una totalidad equilibrada y armónica. De manera que, entre *culturalismo* y *hermenéutica*, la obra de Rama fue desplegando “nuevas formas de comprensión del sentido” (Moraña, 1994: 8) y la factura intrínseca de una producción industriosa desde la que se formalizaron agendas, planes y programas, los cuales partieron, además, de la delimitación genérica de un régimen estético

---

de los estudios literarios latinoamericanos hasta la era postsoviética. Hemos desandado algunas de estas ideas en trabajos precedentes. Al respecto, escribe Ureña: “La unidad de su historia, la unidad de propósito en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad [...]. Si conserváramos aquella infantil audacia con que nuestros antepasados llamaban Atenas a cualquier ciudad de América, no vacilaría yo en compararnos con los pueblos, políticamente disgregados, pero espiritualmente unidos, de la Grecia clásica y la Italia del Renacimiento. Pero sí me atreveré a compararnos con ellos para que aprendamos, de su ejemplo, que la desunión es el desastre [...]. América debe afirmar la fe en su destino, en el porvenir de la civilización. Para mantenerlo no me fundo, desde luego, en el desarrollo presente o futuro de las riquezas materiales, ni siquiera en esos argumentos, contundentes para los contagiados del delirio industrial, argumentos que se llaman Buenos Aires, Montevideo, Santiago, Valparaíso, Rosario [...]. Ensanchemos el campo espiritual: demos el alfabeto a todos los hombres; demos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; avancemos, en fin, hacia nuestra utopía [...] después del *neminem laedere*, sean la razón y el sentido estético” (Henríquez Ureña, 1989, Sección 1: 3-6).

preponderantemente narrativo. Así, hablar hoy como lo hizo Ludmer hacia 1976 de “ideologías oficiales” o de “formas ideologizadas de lo literario” (2021: 125) parece conducirnos a un terreno abandonado por el carácter problemático que encubre tal definición<sup>2</sup>, más aún, si enfatizamos en el latinoamericanismo como un espacio de pensamiento estético y como un subcampo teórico-literario.

Queremos, por lo tanto, introducir una breve referencia a esta cuestión, dado que es en el terreno de las ideas latinoamericanas sobre las literaturas — entre la construcción ficcional de una cultura común y el establecimiento de coordenadas geopolíticas— donde aparece *algo* todavía *enmascarado* que parece estar siempre por darse a ver. Una suerte de expectativa que suele depreciarse por ideológica y a partir de la cual se atribuyen lecturas que privilegian concepciones materialistas y dialécticas de los procesos históricos o recortes que enfatizan alguna funcionalidad militante de y en las estéticas, dando lugar a formas que permiten concebir a la literatura como instrumento de representación o lucha política. Sin embargo, la noción moderna de ideología, aquella que la describe como una fuerza imaginaria capaz de traccionar el pensamiento hacia la enunciación y/o concreción de realidades políticas, encuentra sus inicios ilustrados en la Revolución Francesa. El primer uso del neologismo *ideología* se registra en 1796 en *Memorias sobre la facultad de pensar* de Destutt de Tracy. A partir de allí, la ideología

---

2 Ya en 1957 Lezama Lima escribía en “Mito y cansancio clásico”, primer apartado de *La expresión americana*, que “el germen del complejo terrible del americano [está] en creer que su expresión no es *forma alcanzada*, sino un *problematismo*, cosa a resolver” (1988: 221). Así inscribía una especie de conflicto subjetivo común, una suerte de drama inconsciente de relación sobre las formas producidas por los sujetos del continente americano. Como si las expresiones logradas carecieran de la formalización necesaria y el incumplimiento de esa expectativa las condenara al rango de cosas o, peor, al rango de cosas problemáticas, es decir, entes u objetos en función de los cuales debiera trazarse siempre alguna explicación que la clarifique.

fue inicialmente retratada como una ciencia interesada en los signos con que las ideas se expresan, pero también con el carácter, el origen, las leyes y las relaciones que los rigen. Entonces fue considerada una parte de la Zoología en la medida en que se ocupaba del hombre, pero se centraba, a diferencia de los animales, en su facultad de pensar. Su método remitía ontológicamente a la radicalidad del naturalismo, puesto que volvía y se preguntaba por la génesis fisiológica de las ideas humanas a las que había que estudiar como un fósil o un mineral. Esa facultad del pensamiento (que podía ser tanto voluntaria como involuntaria) se explicaba con y a partir de otras dos nociones o facultades también atribuidas al animal humano, pero con menor grado de exclusividad: las *sensaciones* y los *movimientos*, cuyo carácter también podía ser voluntario o involuntario. Así, estas observaciones y la clarificación de un método deductivo formaron parte de la “ideología zoológica” en tanto se proponían describir aspectos sensoriales y sensitivos de las ideas humanas, como así también observar movimientos y motivaciones que hoy freudianamente identificaríamos bajo el imperio siempre opaco de la *pulsión*, a la vez proyectual y perturbadora.

Volviendo el foco hacia los marcos del latinoamericanismo y de la disputa por el sentido del trabajo literario en este continente, podemos decir, de acuerdo con Julio Ramos, que la década del noventa dio forma a una “pulsión archivística”, en la que la idea del documento y lo documental se resignificó, ratificando e incrementando su valor en tanto evidencia (2022: 11), frente a lo cual su trabajo, hoy sabemos, opera como un contra-archivo<sup>3</sup>. Sin embargo,

---

3. Escribe Julio Ramos en el prólogo a la edición de *Paradojas de la Letra*: “Hasta entonces el documento había sido un recurso legitimador (también de historia jurídica y pedagógica) de discursos positivistas que relegaban operaciones y disputas del sentido en el archivo a un valor exclusivamente

antes de establecernos epocalmente bajo el diagnóstico del “mal de archivo” (Derrida, 1994) y previamente a que su uso haya podido popularizarse con cierto peso metafórico, la vuelta a la revisión de papeles manuscritos, acervos documentales y colecciones arcónticas funcionó como un registro legitimador de discursos científicistas sobre la literatura, a los que, por años, consideramos como tareas propias de la filología, la bibliotecología y otros registros positivos— hasta bien entrada la renovación de la crítica genética, propiciada en Argentina por los trabajos de Graciela Goldchluck (2003)—. Es, en este marco, entonces, que el campo de operaciones latinoamericanas de mitad de siglo pasado permite observar el desarrollo de un enclave teórico interesado por reificar la interpretación de la realidad social en un área de estudios que alrededor de 1920 ya había germinado utópica. Henríquez Ureña, pero también Alfonso Reyes habían afirmado el carácter propio e independentista de las fuerzas críticas “novomundanas” que, pese a ser arrastradas a enfrentar *escollos insuperables*, supieron ser capaces de “empujar las investigaciones tradicionales del pasado a puertos seguros” (Henríquez Ureña, 1989: 3).

Asimismo, en estas lecturas producidas bajo ideas desarrollistas, la narración funcionaba enclavada en un régimen todavía pretendida y defensivamente autónomo y amparada en los parámetros de la realidad histórica

---

evidenciario. Esto llegaría a tener efectos relevantes no sólo en los campos de la investigación histórico-cultural y literaria, sino también en el cine y su despliegue de nuevas teorizaciones del género documental y el ensayo fílmico bajo el “retorno de lo real”, según la programática frase de Hal Foster. En el estallido del archivo provocado por las discusiones transdisciplinarias de los ‘80 y ‘90, los materiales documentales cobraban nueva vida, a la luz de preguntas que buscaban dar cuenta de los procesos de formalización de los documentos mismos, bajo un cuestionamiento general del ordenamiento del discurso y su relación con el poder” (2022: 11).

nacional, como bien apunta Ludmer (2017). En ese sentido, todas las identidades fijas que, luego de los años noventa terminaron por diásporizarse, pertenecen, a pesar de las migraciones y los exilios, a una clase social determinada o a sujetos configurados estéticamente con arreglo y arraigo a sus quehaceres. De allí la importancia trascendente que toma para esta crítica el debate acerca de los propósitos y las funciones de los escritores e intelectuales que Rama dinamizó, pero también niveló —con las dificultades que eso supuso— bajo la denominación de “los letrados” de América Latina.

En una de las lecturas claves para pensar la pervivencia actual de Ángel Rama, Raúl Rodríguez Freire (2022: 227-228) retoma la perspectiva de Julio Ramos. Allí, “la ciudad letrada” no puede ser comprendida como una noción equivalente a la de “literatura” y los académicos tampoco pueden ser comprendidos solamente como análogos a “funcionarios letrados”; aunque, por supuesto, como proponía Viñas ya hacia 1975, el servilismo al poder y a la burocracia puedan ser, en efecto, una alternativa más que funcional (Viñas, 2023: 255-256). Rodríguez Freire remarca que, de acuerdo con Kant, en “el conflicto de las facultades”, se puede tomar al “letrado” como un burócrata y, también, como un comerciante del saber, pero la ambivalencia entre letrados e intelectuales sigue siendo una variable constitutiva que refiere al trabajo que se produce en las universidades. Por lo tanto, considerar a “todos esos que manejaban la pluma” (Rodríguez Freire, 2022: 228) estratégicamente como letrados y, por consiguiente, como un conjunto de funcionarios y burócratas indiferenciados, cuya asistencia se debe exclusivamente a los favores del imperio de turno, conduce a oscuros callejones reflexivos de la desidia. “No por nada —escribe Viñas, seguidamente

a la frase que nos hace de epígrafe— los esfuerzos de despolitización masiva caracterizan a todos los regímenes reaccionarios o represivos. Y también a los hombres coagulados sobre sus propias e inmutables certezas” (2023: 256). Por otra parte, como consecuencia de la desintegración neoliberal, sabemos que esta idea de “ciudad letrada” ha entrado en crisis en la actualidad, tanto como el programa teórico utopista que diera basamento al primer latinoamericanismo.

Sin embargo, a pesar de que la crisis actual lo percibe en *descomposición*<sup>4</sup>, el interés por construir una perspectiva continental aún perdura en muchísimos trabajos, aunque más no sea para ratificar sus marcos desintegrados. Por lo tanto, en este contexto, nos proponemos abordar la lectura de un recorte mínimo del pasado, de un episodio crítico no tan transitado de aquel proyecto integrador con el objetivo de reinscribir alguna potencia —alguna estela de aquella red de lecturas y relaciones— que el interés fundamental por el trazado de una perspectiva continental supo delimitar para la construcción de un sistema literario situado.

## Rama y una encuesta al lector

De las cuatro intervenciones de Ángel Rama en *Punto de vista* vamos a detenernos en una: la “Encuesta sobre sociología de la lectura” de 1978<sup>5</sup>. Me interesa

---

4. Julio Ramos, en el prólogo a la reedición de *Paradojas de la Letra* (2022), retoma esta idea de Clara Parra Triana, Raúl Rodríguez Freire y Mary Luz Estupiñán, quienes, entre 2017 y 2019, desarrollaron la noción de “latinoamericanismo en descomposición” (Ramos, 2022: 7-12).

5. Además de este texto y de una entrevista que le realiza Beatriz Sarlo, encontramos los siguientes textos de Ángel Rama en *Punto de Vista*: “Argentina: crisis de una cultura sistemática”, que aparece en el número 9, de julio-noviembre de 1980 y “Los efectos del boom: mercado literario y narrativa latinoamericana”, publicado en el número de marzo-junio de 1981. Asimismo, Susana Zanetti escribe dos reseñas sobre el trabajo del intelectual uruguayo: “Novísimos narradores hispanoamericanos en Marcha”, incluida en el número 14, de marzo-julio de 1982 y “Suma



revisar el desarrollo conceptual que Rama despliega y el lugar que da a la invención teórica en su propuesta programática de *ficción sociológica* o sociologista de la literatura. ¿Qué textos, qué lector, qué formas literarias y qué instituciones le interesan para reflexionar en torno al diseño de una literatura como totalidad cultural? De acuerdo con Beatriz Sarlo (1978: 2) —todavía firmaba como Silvia Nicolini en ese segundo número de *Punto de vista*—, la sociología de la lectura y el estructuralismo integraban, en ese momento, dos de las grandes corrientes más importantes del siglo, dado que llamaban la atención sobre la artificiosidad del texto, aspecto que daba cuerpo, sostén y definición al campo de los estudios literarios (las otras dos formaciones teóricas trascendentes fueron el formalismo ruso y el *new criticism*). En todas ellas, *la lingüística* aparecía como la disciplina regente que le había prestado perspectivismo, el punto de vista, y las herramientas o el instrumental para el análisis de la literatura. Marcamos esto porque Nicolini fue la encargada de habilitar la publicación de la encuesta realizada y previamente publicada por Ángel Rama a distintos estudiantes universitarios de la Universidad Central de Venezuela, en el marco de una investigación que realizó desde la Escuela de Letras.

La relación de Sarlo con Rama merece un estudio específico. Sin embargo, tal como cuenta en el prólogo al epistolario de su colega uruguayo (2022), su primer encuentro tuvo lugar en 1980, en Campinas. Allí Sarlo queda fascinada por la apuesta teórica de Candido, pero encuentra en Rama a un gran “sol” y a un amistoso intelectual con el que comparte momentos proyectivos<sup>6</sup>. Años

---

crítica sobre novela hispanoamericana”, aparecida en el número 17, de abril-julio de 1983.

6. Previo a la publicación de “Retrato a mano alzada”, la reconstrucción que hace la propia Sarlo de su vínculo con Rama publicado en *Ángel Rama. Una vida en Cartas. Correspondencia 1944-1983* (2022), revisamos la cobertura que la crítica realizó de aquel encuentro en Campinas. Allí analizamos las entrevistas que realiza a Ángel Rama, Antonio Cándido y Antonio Cornejo

después, veremos que Sarlo replica en nuestro país (o al menos participa en la réplica de) una experiencia del tipo “encuesta de lectura”, cuando se lleva a cabo en 1982 la “Encuesta a la literatura argentina contemporánea”, proyecto dirigido por Susana Zanetti y desarrollado por Carlos Altamirano y la propia Sarlo. Sin embargo, Rama ya insistía con la encuesta como metodología diagnóstica desde 1960, cuando en *Marcha* publica una suerte de sección denominada “¿Qué leen los uruguayos?”, la cual derivó en entrevistas a diferentes escritores (en 1964, por ejemplo, responde la encuesta Armonía Somers de un modo destacable). En este proceso de expansión aparece, entonces, un modelo de elaboración empírica, que dotaba de cierto objetivismo y cientificismo al quehacer literario. Un modelo que comenzaba a volverse importante no para la invención, sino para el trabajo efectivo de construcción de una literatura con foco en la integración y la construcción de lectores. Proceso que, en el caso latinoamericano, parte de un doble grado de artificio productivo y del que Rama fue uno de sus agentes fundamentales.

Por otra parte, como el valor evidencial de lo literario no se jugaba burocráticamente en el régimen archivístico que hoy nos azuza, la encuesta que Rama publica en *Punto de Vista* termina por parecerse más al testimonio de un investigador que repasa el desarrollo de su trabajo, puesto que caracteriza el instrumental elaborado para realizar la encuesta, a la vez que expone sus conclusiones. De nuevo, no se cierra al rigor de estar elaborando alguna verdad definitiva sobre la experiencia de los lectores, sino que, con la encuesta, termina abriendo un debate que contempla los datos a los que arriba. Particularmente, frente a todas las conclusiones que Rama propone, me interesa su comunicación

---

Polar para *Punto de Vista* (Santucci, 2022).

en torno al “comportamiento respecto a la ideología” (1978: 14), una de las variables observadas. Nos obstante, para revisar ello, conviene tomar en cuenta algunas consideraciones formales previas. En primer lugar, podemos decir que la encuesta de Rama corresponde a un tipo de trabajo al que hoy le imputaríamos enormes incorrecciones: una insistencia determinista y una voluntad de generalización bastante inconveniente. Aunque pudiéramos agradecerle el interés por la elaboración de instrumentales para la lectura, Rama era muy claro en sus objetivos: le interesa establecer “niveles de lectura”, “niveles de comprensión” y “niveles de apreciación estética” (1978: 12-14) de los estudiantes.

Estas variables, a su vez, estaban puestas en correspondencia con diferentes “estratos socioculturales urbanos” (1978: 12) de la ciudad de Caracas. De modo que la propuesta pretendía interpretar modos de consumo culturales de la sociedad caraqueña cuando las utopías revolucionarias ya estaban resquebrajadas en buena parte del continente y los procesos reaccionarios se administraban con un recrudescimiento que él mismo también padecía. Es probable que el atrevimiento enorme estuviese motivado, justamente, por intentar distinguir y comprender el funcionamiento de una sociedad cuya realidad no podía asimilar. Su esfuerzo por diferenciar visiones estéticas y culturales de estudiantes de odontología de los “usos” de la lectura literaria entre “trabajadores de clase baja” y/o lectores con “alguna formación humanística” (1978: 13) es lo que parece motivarlo externa e internamente. De manera que, para lograrlo, elabora dos tipos de cuestionarios diferentes. El primero, centrado en despejar “la condición económica, social y educativa” de los estudiantes (Rama, 1978: 12). Según indica, fue hecho a los fines de revisar los “usos” y las “utilizaciones” de la literatura, pero tomando en

cuenta “los sistemas de vida y la propia valoración de los encuestados sobre la estructura social” (12).

Al mismo, le siguió un segundo cuestionario ya propiamente literario que trataba de medir la puesta en funcionamiento de una lectura específica, en una muestra constituida por ciento veintiséis casos. Allí, se entregaba a cada encuestado una novela determinada y se le daba tres semanas para leerla y/o releerla. Luego de ello, se procedía a realizar la encuesta que contenía treinta y tres preguntas sobre el texto. Por lo tanto, no solo indagaba acerca de qué y cómo leían los estudiantes que no tenían necesariamente una formación específica en literatura, sino que proponía un método para poder hacerlo. Le interesaba rastrear las diferencias entre quienes tenían modos permeados por las formas sistemáticas de leer que provee la universidad y aquellos que no (1978: 12), así como también trazar distinciones plagadas de matices que le permitieran identificar diferentes accesos de clase.

Por otro lado, es importante destacar que aquellos criterios con los que Rama rastrea la condición de clase de los encuestados eran importados. El crítico retoma el método del grupo de estudios de Sociología de la literatura del Instituto de Altos Estudios de París, particularmente de Jacques Leenhardt, discípulo de Lucien Goldman, quien venía desarrollando esta línea de trabajo en Francia y con quien Rama colabora desde Venezuela al aportar los datos que lograba recabar con su equipo, asistiendo en la modernización de los estudios literarios en ese país. Ese aspecto nos habla, hoy, de una enorme y evidente voluntad de internacionalización de los estudios literarios, incluyendo también los métodos, los espacios y la circulación de los trabajos. Asimismo, no creo que sea importante reproducir aquí, más allá del esfuerzo, los criterios

que Rama observa y recorta tomando como base la propuesta del grupo francés, puesto que el resultado de esa importación termina conduciendo a un procedimiento cuasi borgeano, cuya potencia no radica en el carácter descriptivo. Siguiendo el esquema propuesto, Rama distingue tres clases en la sociedad caraqueña de finales de la década del setenta: *clase alta*, *baja* y cuatro variedades de *clase media*, a las que denomina A, B, C y D. También distingue subtipos en cada parcela de clase media, los cuales, a su vez, son separados en algunos casos hasta en grupo I, II y III. Digamos que la lógica puede carecer de instrumentalidad en el presente, aunque bien pudiera ser representativa de las actuales percepciones de “clases medias” en países *desobrerizados* como los nuestros. Sin embargo, lo que me interesa especialmente destacar y poner en valor, son las conclusiones a las que arriba a partir de la última de las treinta y tres preguntas sobre *El coronel no tiene quien le escriba*, la novela de Gabriel García Márquez que había seleccionada y que fue entregada para la realización de la encuesta. Al respecto, Rama explicita:

Las treinta y tres preguntas de la encuesta cubrían diversas zonas de la vida intelectual, afectiva, social y económica. Dada la novela que se utilizó las preguntas sobre aspectos políticos eran obligatorias, aunque se procuró que su número no fuera muy elevado compensándolo con el uso de un tono incisivo que podía generar reacciones no controladas. También aquí las respuestas y las reacciones emocionales que ellas testimonian establecen una gran distancia entre los sectores bajos y los altos. Mientras que los primeros percibieron los aspectos políticos de la novela y aunque disponiendo de escasa información histórica les

concedieron importancia y admitieron que eran formulaciones explícitas del texto (como se recordará la novela sucede en la década del cincuenta durante la violencia colombiana que enfrentó conservadores y liberales), los segundos, aunque también reconocieron su existencia, procedieron a negar su importancia. La norma en el Grupo III (sin que se registrara una actitud similar con los sectores superiores del Grupo II (clase media) y, por lo tanto, puede considerarse una forma específica del comportamiento de la clase alta, consistió en la afirmación de que ese punto no era pertinente. No se negó que hubiera planteamiento político dentro de la novela (...) sino que se discutió la legitimidad de considerarlo dentro del análisis de un texto literario. El puro aspecto estético de la literatura y en general del arte fue realzado estableciéndose una dicotomía entre belleza y mensaje que, valorizando al primero, tendió a minimizar el segundo (1978: 14).

No sabemos oficialmente si hay “archivo” o documentos conservados de estas encuestas, sin embargo, sí podemos disponer del valor actual objetivante que proponen para el campo de los estudios literarios, un campo en riesgo que parece tender al establecimiento de una relación burocrática con el pasado que tensiona los marcos patrimoniales e institucionalistas de su conservación. Si reflexionamos junto con las conclusiones de Rama, podemos entender que, en contextos en los que se incrementan los avances reaccionarios, las lecturas literarias parecen tender a una desideologización del contenido político de los textos, exaltando ideas estéticas como las de “belleza” por sobre el instrumental “mensaje” que comienza a verse como un factor que ciñe a los discursos del arte.

Por otra parte, si tomamos, también para la pura reflexión, algunos

interrogantes que Josefina Ludmer despliega en el prólogo a la segunda edición de *Cien años de soledad. Una interpretación*, de 1984, se vuelve evidente que el aspecto político de las disputas ideológicas del latinoamericanismo configura un enfoque teórico lo suficientemente resistencial, cuya profundidad requiere incrementar las revisiones. En ese momento, Ludmer se interroga también sobre los efectos de las lecturas ante una novela tan difundida y que intensificó un imaginario sobre los sujetos del continente: “¿A quién beneficia esa lectura? ¿A quién pretende beneficiar? ¿A qué práctica literaria corresponde? ¿A qué exhorta?” (2021a: 187). De esta manera entendemos que la etapa autonómica y autodeterminativa del latinoamericanismo literario presentó muchas escenas como la que acabamos de revisar, donde el foco supo estar puesto en definir materialidades no abstractas en lo literario, reflexiones para ampliar las posibilidades de la lectura y el diseño de métodos que no necesariamente convergieron o se correspondieron con parámetros propios de las científicidades exógenas o universalizadas. No por nada Vargas Llosa describió el accidente aéreo de Ángel Rama como “una funesta profecía sobre el futuro de una disciplina intelectual que ha venido declinando en América Latina de manera inquietante” (apud Moraña, 2009: 174).

Hasta su muerte, el carácter pedagógico que Pedro Henríquez Ureña le dio al latinoamericanismo fue aceptado como un criterio funcional y como un horizonte de posibilidades eficientes, pero la globalización neoliberal terminó por desarticular el ímpetu de algunas de estas trayectorias y la formalización de este proyecto como espacio de pensamiento fructuoso. Probablemente, el acierto futurista de la encuesta de Rama radique allí, en la pregunta por el reverso de los

libros que daba a conocer, así como su foco en la pregunta por los *quiénes* en lo literario. No solo propone un método para rastrear aspectos económicos de los lectores, sino que amplifica su perspectiva hacia la composición de un mapa que pueda contemplar los aspectos sociales, intelectuales y afectivos de aquellos a los que la literatura roza. A la vez, estas condiciones para mirar pueden parecer, hoy, algo debilitadas bajo los requerimientos del actual mercado académico de la cultura, pero vuelven valiosa la tentativa que Rama realiza.

La encuesta no es conclusiva, por el contrario, abre espacio a una interrogación genuina por la alteridad en la literatura. No solo le interesan los sujetos que aparecen representados en los textos literarios, sino que da lugar a la palabra de los lectores-estudiantes sobre ellos, puesto que los considera partícipes necesarios del circuito de transformación de los fenómenos literarios y se propone medir aquello que los jóvenes caraqueños, no necesariamente vinculados a las ciencias humanas, saben, piensan y sienten en torno a una novela ejemplar. Buscaba, en efecto, caracterizar los juicios y prejuicios sobre políticas estéticas en vinculación con las extracciones de clase, así como los instrumentos no necesariamente adquiridos que cada uno de estos grupos manifestaba.

Así, en este pequeño caso, puede observarse la profunda sistematicidad del pensamiento de Ángel Rama quien, al momento de la publicación de esta encuesta en Argentina, tenía 52 años y estaba *regionalizando* los resultados de un proyecto académico de indagación internacional sobre la lectura. Una vez más, todo ese gran esfuerzo podría parecer arbitrario y hasta, incluso, inconducente en términos de política científica de las humanidades, pero solo a condición de que ignoremos un requerimiento fundante y creativo del modo de leer que propició la



utopía de Rama: cómo integrar los condicionamientos efectivos que tensionan la vitalidad existente al interior de una literatura.

## Bibliografía

- Destutt de Tracy, Antoine (1992). *Mémoire sur la faculté de penser*. París: Fayard.
- Derrida, Jacques (1994). “Mal de Archivo” [en línea]. Traducción de Paco Vidarte. *Derrida en castellano*. <http://www.jacquesderrida.com.ar/>.
- Estupiñán, Mary Luz; Parra Triana, Clara María y Rodríguez Freire, Raúl (2019). “Latinoamericanismo de la descomposición: una lectura de su crítica y de su crisis”. *Pléyade* 24, pp.191-214.
- Goldchluck, Graciela (2003). *Intertextualidad y génesis en los textos mexicanos de Manuel Puig: Novelas, guiones, comedias musicales*. Tesis doctoral. Universidad Nacional de La Plata.
- Henríquez Ureña, Pedro (1989). *La utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Lezama Lima, José (1988). “La expresión americana”. *Confluencias. Selección de Ensayos*. La Habana: Letras Cubanas.
- Ludmer, Josefina (2017). “De la crítica literaria al activismo cultural”. *Chuy* 4/4, pp. 52-73.
- (2021). “Los nombres femeninos: asiento del trabajo ideológico”. *Lo que vendrá. Una antología (1963-2013)*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, pp. 119-131.
- (2021a). “Prólogo a la segunda edición de *Cien años de soledad. Una interpretación*”. *Lo que vendrá. Una antología (1963-2013)*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, pp. 183-187.
- Moraña, Mabel (1998). Ángel Rama y los estudios latinoamericanos. Pittsburgh: Instituto Internacional de Estudios Iberoamericanos.
- Moraña, Mabel (2009). *A 25 años de su muerte: Ángel Rama y los imaginarios de la crítica*. *A Contracorriente* 6/2, pp. 173-180.
- Rama, Ángel (1978). “Encuesta sobre sociología de la lectura”. *Punto de Vista* 2.
- (2007). *Transculturación narrativa en América Latina*. Buenos Aires: El Andariego.
- Ramos, Julio (1989). *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (2022). *Paradojas de la letra. Lengua, subjetividad y ley*. Valparaíso: Mimesis.
- Rodríguez Freire, Raúl (2022). “Un nuevo archivista. De las paradojas a la anarquía de la letra”. J. Ramos. *Paradojas de la letra. Lengua, subjetividad y ley*. Valparaíso: Mimesis.
- Santucci, Silvana. “Tono sobre tono. Una entrada sobre América Latina en *Punto de Vista*”. *Chuy*, 9/13. <https://revistas.untref.edu.ar/index.php/chuy/article/view/1516/1254>.
- Sarlo, Beatriz [Silvia Nicolini] (1978) “¿Cómo leer literatura? Algunas consideraciones sobre el formalismo norteamericano”. *Punto de Vista* 2.
- Viñas, David (2023). *Trastornos en la sobremesa literaria. Textos críticos dispersos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.